

Museo: casa del universo 50 años de una historia de miles de millones de años



León Cano Sanín. *Leyenda del Dorado*. Óleo sobre lienzo. 94 x 125 cm. 1931

*Los museos de verdad son los sitios
en los que el tiempo se transforma en espacio.*

Orhan Pamuk

*En el interior de los museos, el infinito se somete
a juicio.*

Bob Dylan

Esta es una casa, pero no es una cualquiera; en ella habita el universo. Viven aquí también Ca-

líope, Clío, Erato, Euterpe, Melpómene, Polimnia, Talía, Terpsícore y Urania; siete hipnotizadoras deidades que acompañan las creaciones de artistas de todo orden, susurran a sus oídos y, al parecer, cantan a través de sus acciones. Hijas de Mnemosine, la memoria misma, y de Zeus, padre de la humanidad, acompañan desde este lugar, en una danza perenne, a Apolo, dios Sol, dios del arte, la armonía, la belleza, la perfección y la razón. Incluso, dios de la muerte súbita: el premio final del justo.

Pero, esta casa no es solo griega, en otras geografías y en distintos tiempos creció en medio de diferentes fuentes nutricias, con otros nombres y otros dioses tras sus visillos.

Un museo no es una casa común. En ella se abren ventanas por doquier a mundos tan extraños como fascinantes. Habitan, además de las siete musas que le dan el nombre a este hogar, espíritus y seres de antes y del mañana. Objetos que palpitan mirándonos con sus oídos, y tocándonos con su aliento, han sido testigos de las claves del mundo conocido: el duelo amoroso entre movimiento y lentitud.

Esta casa tiene infinitas puertas, cualquier visión es una de ellas; las imágenes persisten. Al ingresar se puede salir por cualquier otra y, de repente, aparecer en Figueres o Bikaner, después de pasear sobre la tumba de Salvador Dalí, o alimentar las ratas benditas de Kirni Mata. Es una casa caleidoscópica y eterna. Está conectada con millares afines por todo el orbe. Cada cuadro colgado en la pared es una de esas salidas o entradas a otros mundos que, a lo mejor, de atrevernos a traspasar, nos dejan justo en el centro de una recámara mortuoria faraónica, navegando el impetuoso Amazonas al lado de hermanos tikunas o, por qué no, en el vórtice mismo de una batalla de las Guerras Médicas.

Quienes amamos este tipo de casas, que llamamos museos, amamos todo cuanto la humanidad es, a pesar incluso de ella misma. También, claro está, amamos la naturaleza que ha permitido a las gentes de todos los rincones, donde estas casas están, existir con alegría y bienestar. Hay, por qué negarlo, quienes han condenado esta casa al ostracismo, la han querido quemar y expulsar de sus ciudades, al punto de que ellos también están ahora colgados en sus muros o en un nicho sosteniendo su odio. Los futuristas, por ejemplo, nunca entenderán el estar ahora mismo bajo el cuidado amoroso de un conservador de museo.

Pero, volvamos, revisemos esto de la *casa de las musas*. En efecto, así es, es una casa donde habita el infinito, otro tiempo, y nada en su totalidad, al punto de que nadie duerme en ella. Entonces, ¿qué sentido tiene una casa en la que no se puede pernoctar? Veamos.

Dicen que, de noche, en esta casa, entran y salen por sus puertas y ventanas mágicas —que nos han enseñado como cuadros— las agonías, quimeras y gestas de sus habitantes, todos aquellos que mientras el sol está alumbrando guardan quietud, o mejor, se mueven muy lentamente. Las narraciones y versiones de lo que creemos es real, aun sin serlo, cobran el aliento y salen raudas a ejercer su albedrío. Que los objetos, que pensamos ausentes de vida, se liberan del hechizo que los mantiene presos del tiempo y, entonces, corre su cronómetro por una luna más. Se toman la casa, salen las figuras y, todo lo que se creyó dormido, van por las musas, procuran encontrar a Apolo, tratan, con él, de entender la malicia que se halla afuera, justo en el adentro del mundillo de los hombres, allá donde el museo-casa no entra, donde todo cuanto existe le es ajeno. Y trata, así, de respirar, de recobrar fuerzas en la noche para echar andar esa realidad que se teje en las calles de la ciudad donde sus gentes lo sembraron; porque un museo no se crea, tan sólo se siembra o, en su defecto, se trasplanta una vez se recupera del tiempo perdido. Esta es la gran diferencia con las casas ordinarias que se diseñan sobre papel y se alzan con ladrillos, hormigón y metal. La casa-museo es de un tenor distinto al de los vivos que moran casas que les guardan su frágil vida, pues ellos, muy a su pesar, piensan, en el fondo, que son dueños de sus vidas, que logran vivir. Por esta razón un vivo no puede ni debe dormir en un museo; cantan en la misma historia, pero en tonadas distintas, secuencias complementarias.

Claro, pero todo esto es ficción. No obstante, eso de que los museos se siembran es una bella imagen, evoca árboles y peces, nubes y



Eladio Vélez. *Retrato de mujer*. Óleo sobre madera. 38 x 30,5 cm. Sin fecha

sol. Este museo, el que hoy tenemos, le ha sido posible a nuestra universidad porque alguien o algo en un momento lo sembró — permítanme pensarlo así; me responde cosas que no he podido entender —. Quizá no fue solo un personaje, a lo mejor fue una multitud, o por qué no, comenzó cuando una de las piezas que se contiene en él, en la colección de Ciencias Naturales, por ejemplo, cayó a la tierra después de cruzar el universo. Sí, ese meteorito, el más antiguo en penetrar la atmósfera del planeta azul que colisionó en alguna parte de la geografía de esta América equinoccial, ese pedazo de roca estelar, pesada como el temor, y con los visos preciosos del metal que está en el cuarto piso de este edificio, debió haber sido la partícula que nos dio origen, y de ser así, eso fue hace más o menos unos 13.787 millones de años atrás. O esa punta de lanza tallada en la piedra, asestada al vacío, clavada en el suelo por el poblador amerindio que doce mil años atrás procuraba su caza, tal vez esa sea otra sombra de la siembra. El caso es que, cada uno

de los miles de elementos que se encuentran aquí reunidos, en sí mismos, es una casa, representa un museo para todos, un infinito de sentidos que permite leernos en la memoria de su constitución colectiva.

Pero este ente, este espacio existente, puede explicarse tan solo con la organización que le ha permitido cursar una historia; es decir, se expone desde la concepción misma de la reunión y del acontecimiento tras un acta de fundación o de algún tipo de mojón que le posibilita contarse, incluso al margen de su siembra que, claro está, ya había sido lograda con el origen del tiempo.

1878 es el año donde se puede rastrear el conato. La Ley 71, del Estado Soberano de Antioquia, que da sustento jurídico a la universidad de esta comarca, también conmina la creación de una biblioteca y de un museo de carácter público que, bajo el amparo del Alma Máter, permita a los ciudadanos de esta tierra conocerse, saberse, aprenderse y contarse.

Entre ese momento y ahora han pasado muchas cosas; el Centro de Ciencias Naturales, en su ejercicio científico, de taxonomía académica, comienza a coleccionar especímenes de distintas órdenes. Por su parte, las ciencias modernas de la etnografía y de la arqueología se abren camino como un frente de conocimiento e investigación, vital para la vida del claustro, y también emprenden su colección. Por otro lado, las artes se ven necesarias y complementan una tríada maravillosa que llama al último componente, la historia, que fue la última gran colección y que ahora se perfila para habitar la Casa 1803, donde otrora los bachilleres estudiaran en horario nocturno.

Estos trabajos, fortalecidos hacia mediados del siglo pasado, van a seguir caminos distintos hasta encontrarse definitivamente en el año 1970, e integrar, a partir de ese entonces, en el nuevo campus académico en el sector del



Leonel Estrada Jaramillo. Sofá. Arq. Mixta (cuero sintético y estructura en madera). 100 x 120 cm. 1954

Chagualo, de esta ciudad de Medellín, lo que hoy se conoce como Museo Universitario de la Universidad de Antioquia, bajo la sigla de MUUA (siendo esta la primera construcción en el país erigida para albergar una institución museal). Una casa que, siendo museo, no pudo haber sido creada de la nada, como ya vimos, tan solo fue trasplantada, retomada y cuidada con el esmero de la inquietud científica que hoy nos hace sorprender con todo el enorme acervo patrimonial que en ella florece.

Precisamente, el 14 de septiembre de ese año 70, se proclama el Acuerdo N.º 3 por el cual el Consejo Superior de la Universidad emitió la “creación” del museo a partir de la fusión del Museo Antropológico y la Sección Museal de Ciencias Naturales. En este mismo Acuerdo se reconoce una tercera línea de trabajo: colección de Artes Plásticas. Bajo la dirección del doctor Luis Fernando Vélez Vélez, esta casa de

musas, sembrada con el estallido del *Big Bang*, llega, de manera paradójica a sus 50 años de vida. Aunque, si pensamos que ya el papel habla de que en 1878 el museo había sido avistado, entonces el tema de los años es tan relativo como la misma posibilidad de las piezas que encierra; e, inclusive los nombres, pues será injusto citar sólo uno de ellos, cuando un centenar de personas han hecho posible que esta casa cuide, colecte, proyecte e investigue activamente un patrimonio que la hace única.

Esta no es más que otra ficción, pues cada narrativa es eso, y de eso se ocupa la retórica: de poetizar con la memoria y las palabras que van y vienen con sus sinuosas formas. En tanto, este museo, que son miles de museos al tiempo, toda vez que como siembra se conecta bajo tierra con todos los demás, allende el mar y las montañas, es realmente un milagro. Aquí, reunidos, tras las paredes del misterio se dan la mano el *logos*



Bernardo Vieco. *El obrero*. Vaciado en bronce. 129 x 34 x 29,5 cm. 1931

y el *mythos*, la paridad que hace del universo nuestro más inseguro refugio.

Ahora bien, la ficción es la manera como conocemos el mundo que nos tocó por suerte. La ciencia hace lo suyo tratando de develar la incertidumbre, mientras que el arte nos permite imaginar mundos posibles y la filosofía, por su parte, nos deja fijar los bordes de la responsabilidad ética de esos mundos al abrirse al cielo. Aquí, en este mismo espacio, el museo es el vértice donde convergen las distintas fuerzas de la vida del claustro, de nuestra Alma Máter, y esto es sabido desde hace ya más de cien años atrás, cuando en la Ordenanza de 1878 se previsualiza lo que hoy conmemoramos como un invento eterno de tan solo cincuenta años. El museo que es vivido y sentido por su gente, cientos de estudiantes que combinan sus esfuerzos académicos con la vocación más noble de todas, el servicio a la comunidad. ¿Qué fuera de esta casa sin ellos, sin los chicos que la animan?

5

A lo mejor ese es el gran secreto de esta institución bicentenaria, su gente, personas que, ya no bajo el amparo de Apolo, sino quizá de Bachué: son tierra y, en consecuencia, aman sus raíces.

Larga vida al Museo Universitario de la Universidad de Antioquia y a todos los que de alguna manera han regado sus raíces con su amor.

Coda

Esta edición de la *Agenda Cultural Alma Máter* rinde homenaje a la Colección de Artes del Museo Universitario en sus 50 años. Doce amigos entrañables seleccionaron entre una amplia gama de opciones de obras plásticas y visuales; el resultado: un catálogo razonado o poético, usted juzgará. Esperamos disfrute y se vea atraído a este valioso patrimonio.

Oscar Roldán-Alzate